

No existiendo precepto alguno de regulación genética en las sociedades humanas, sólo el azar es el que da lugar a que alguna vez, siempre en proporción pequeña, se originen hombres con aquella constitución innata de potencia genial. Pero no hay que olvidar que, todavía, es necesaria una cosa más: la adecuada educación que lleve al estado real lo que, sin ella, es sólo una posibilidad.

La Genética moderna, rama de la Biología que brota con vigor del árbol de la Ciencia al comenzar el siglo XX, nos está actualmente descubriendo estos y otros secretos, que ya nos permiten pensar en un porvenir glorioso para la humanidad, cuando sus principios y enseñanzas se difundan y sean aplicados a la vida y organización de los pueblos.

Hoy sabemos bien cuál es el verdadero valor de la educación y de la enseñanza. La educación nada crea; ella no puede modificar la naturaleza del hombre; no hace más que desarrollar lo que está en potencia; esto es, convertir en realidad lo que de un modo innato existe ya como posibilidad, y nunca podrá conseguir un fruto que no esté ya determinado en estado latente.

Pero como aquellas capacidades en potencia no pueden ser percibidas directamente, la enseñanza desempeña la primordial función de desarrollarlas donde, de una manera oculta, existan; esto es, desempeña la función de descubrir al talento y al genio en medio de la masa social que pudiéramos llamar amorfa.

Imaginad cuántos hombres dotados de tan extraordinarias condiciones innatas han existido y existen, imposibilitados de manifestar su valer, precisamente por la falta de estos medios educativos que lo revelan. Y pensad cuán grande será nuestra responsabilidad, cuando ya conocemos tantas cosas, antes ignoradas, sobre la naturaleza humana, si no procuramos, por cuantos medios estén a nuestro alcance, favorecer estas enseñanzas, que constituyen el medio de descubrir al genio allí donde esté oculto.

Por apatía, por ignorancia o por falta de comprensión, se

